



# Los tiempos de Artigas y de la Independencia

## Un tinterazo a la cabeza del maestro

El niño no soportó más la feroz reprimenda que, como bien lo sabía la clase entera, anunciaba inminentes castigos corporales; y sin pensarlo más, manoteó un tintero que encontró cerca y se lo arrojó con alma y vida a la cabeza del maestro. Por fortuna no dio en el blanco, y por fortuna el agredido quedó paralizado en el primer momento por la sorpresa, con lo que dio tiempo al escolar para escabullirse del salón de clase y huir despavorido a la calle.

Sus compañeros quedaron petrificados en sus bancos. No volaba ni una mosca. La tempestad no tardaría en estallar. El rostro pálido y demudado de aquel hombre famoso por su crueldad, se fue crispando con un rictus de ferocidad que los chicos nunca le habían visto, a pesar de estar habituados a sus explosiones incontrolables de furia.

Reconozcamos que aún en nuestros días, una agresión infantil como aquella provocaría una verdadera conmoción; cuanto más en una de las severísimas escuelas de la época colonial, donde los castigos corporales estaban permitidos y el maestro era una figura intocable y temida.

Pero pocos tan autoritarios y odiados como aquel catalán de ojos helados, el maestro Barchilón, reseco y agrio, que parecía disfrutar cuando empuñaba su palmeta y su vara de azotar, verdadero terror de los desdichados niños montevideanos.

Como era inevitable, no bien el maestro pudo salir de su estupor, anunció los más severos castigos para el niño agresor y exigió la inmediata comparencia de sus padres. Estaba determinado a que la venganza fuese ejemplarizante. Todos temblaron. La crueldad fría de aquel hombre eran célebres en Montevideo. Su rigor casi fanático, su apego implacable a la sentencia española “la letra con sangre entra”, lo convirtieron en el cuco de varias generaciones escolares que tuvieron que pasar por su aula y llevar encima, casi sin excepciones, la marca de sus instrumentos de castigo.

Mientras, el niño del tinterazo había desaparecido sin dejar rastro ni indicio alguno. Nadie podía dar noticia de su paradero. Las conjeturas fueron incontables, pero ninguna condujo a pista fehaciente. Hasta se llegó a temer que el niño, aterrado, atentara contra su vida. A medida que las horas corrían, sus padres, desesperados, iniciaron una búsqueda sin saber demasiado hacia dónde orientarla. Todos los esfuerzos resultaron infructuosos.

Recién al cabo de inacabables horas de angustia, apareció en la casa paterna un emisario: un compañero de clase muy compinche del prófugo. Este mandaba a decir que estaba dispuesto a reintegrarse de inmediato al hogar, pero con una condición insoslayable: que no se lo enviara nunca más a la escuela donde dictaba clases el feroz maestro. De lo contrario no lo volverían a ver.

Los padres conocían bien el carácter de su hijo: un niño por demás sensible, hasta algo enfermizo quizás, pero firme y determinado cuando adoptaba una resolución. Podrían venir para los padres días de terrible angustia. Y hasta quizás en el fondo le darían razón por su actitud extrema: tanto era el repudio que inspiraba aquel maestro despiadado. Los padres terminaron por aceptar la condición de su hijo y accedieron a cambiarlo de colegio. El chico reapareció poco después sin mayores señales de arrepentimiento.

Quizás sorprenda saber que este niño que tuvo la osadía casi inaudita de desafiar a un sistema tan estricto y riguroso como el de la escuela colonial, estuvo llamado, andando el tiempo, a alcanzar los más altos destinos en el país. Es así que lo encontraremos sucesivamente como teniente de Artigas, segundo Jefe de los 33 Orientales, segundo Presidente de la República y fundador de uno de nuestros dos Partidos Tradicionales: Manuel Oribe fue el niño que nos brindó, tan temprano, esta muestra más que comprensible de rebeldía, determinación y coraje infantiles.

## Artigas sabía dar tironcitos de orejas

El episodio es muy poco recordado, y a la verdad que no tiene relevancia mayor; pero al menos resulta útil para confirmar facetas reveladoras, tanto del carácter de Artigas como de la austeridad de sus posturas éticas.

Cuando ya ha caído el sistema español y comienza a gobernar Artigas en nuestra Provincia, el Cabildo de Montevideo le dirige una solicitud que a la

distancia puede resultarnos ingenua, casi infantil: le pide autorización para que nuestra ciudad pueda seguir usando aquel título que le había otorgado España por su valiente comportamiento en ocasión de las invasiones inglesas: “Montevideo, Muy Fiel y Reconquistadora Ciudad”.

Artigas contesta esta petición denegándola de plano, y fundamenta su rechazo con un oficio que tiene algo de aleccionante sermón, cuyo estilo deja traslucir un velado malhumor y un no muy escondido disgusto.

*“Es superfluo –dice Artigas– que empleemos lo precioso del tiempo en cuestiones inútiles. Los títulos son los fantasmas de los Estados, y a ese Cabildo le sobra con tener la gloria de sostener su libertad sobre el seguro de sus derechos.”*

No contento con esta lección introductoria, Artigas sostiene a continuación el principio de la igualdad entre todos los órganos comunales, sin privilegio para ninguno, así sea el montevidiano: *“Es mi parecer que ese Cabildo debe ajustar su tratamiento al mismo que hoy conservan los demás Cabildos de esta Provincia.”*

Y se preocupa seguidamente por subrayar que estas rigurosas posturas no son abstractas sino que están respaldadas por sus propias actitudes personales, como enseñando que el gobernante debe dar siempre ejemplo y no exigirle a los demás lo que él mismo no haya abonado antes con sus hechos: *“Por eso mismo yo he conservado hasta el presente el título de un simple ciudadano, sin aceptar la honra con que el año pasado me distinguió el Cabildo de Montevideo.”*



*El rostro de Artigas  
según la libre  
ocurrencia de  
Rugendas,  
dibujante bávaro.*

Y concluye con una apreciación de fondo sobre lo que debe ser la conducta de los gobernantes: *“Día llegará en que los hombres se penetren de sus deberes y sancionen con escrupulosidad lo más interesante al bien de la Provincia y honor de sus conciudadanos”...*

Muy dolidos deben haber quedado los chasqueados cabildantes montevidéanos, no sólo por haber tenido que renunciar al título que tanto ambicionaban conservar, sino, más que eso, por el severo llamado al orden que encierran los rigurosos conceptos de Artigas. Un episodio más, quizás menor, de las poco cordiales relaciones que el Jefe de los Orientales mantuvo desde el comienzo con el reticente Cabildo de nuestra ciudad, compuesto por representantes de las clases altas montevidéanas, que nunca miraron al artiguismo con buenos ojos.

## Datos menudos de la vida menuda

Se vendían en Montevideo cantidades muy apreciables de caracoles para hacer sopa. El entretenimiento predilecto de los montevidéanos era la ópera, con sus funciones infaltables los jueves y domingos. En verano, en cambio, las carreras de caballos arrastraban verdaderas multitudes. Era común ver a niñas de ocho a diez años bailando el minuet junto a los mayores con la más competente gravedad. A pesar de la abundancia de vacas, había que importar manteca de Irlanda. Los comerciantes solían tener en las azoteas de sus casas un mirador, desde donde, con un largavista, oteaban ansiosamente hacia el este, a ver si veían llegar a los barcos de ultramar que les traían mercadería.

Muy poco relevantes estos datos, hay que reconocerlo; pero al menos nos aportan algunos toques ínfimos del vivir montevidéano en los años de la Colonia y la Independencia, con detalles que muy difícilmente recogerán los cronistas y mucho menos los historiadores.

Todas estas observaciones tan menores fueron entresacadas al vuelo de algunos testimonios de viajeros que pasaron por nuestra ciudad. Con frecuencia, estos relatos de extranjeros han prestado verdadera utilidad para conocer aspectos destacables del vivir de nuestros antepasados; no en este caso, sin duda, en que apenas nos permiten asomarnos a algunas menudencias que aquí ocurrían, pero que no dejan de acercarnos el perfume vago de una privacidad que de otro modo se nos escaparía.

## Un Montevideo ruinoso recibe a un ejército desarrapado

Era muy penoso el aspecto de nuestra ciudad en aquel febrero de 1815. Por todas partes resaltaban claras señales de deterioro y destrucción. Si uno se corría hasta el Fuerte mismo, sede del gobierno, se encontraba con puertas y ventanas arrancadas; en las Bóvedas el aspecto era aún más desolador: techos derrumbados, muros ennegrecidos o destripados de cuajo...

Es que pocos días atrás se había producido en el polvorín una terrible explosión cuando se estaba extrayendo pólvora a paladas. Murieron en la catástrofe alrededor de ciento veinte personas.

Pero como si esa calamidad fuese poco, se sumó a ella el retiro, por esos días, del ejército porteño sitiado en nuestra ciudad y derrotado por los nuestros en Guayabos. Al abandonar Montevideo, se produjeron violentas escenas de saqueos y despojos por parte de la soldadesca porteña, que agravaron aun más el aspecto ruinoso de nuestra ciudad.

No obstante, en aquel 26 de febrero Montevideo presentaba un aspecto de inusitada animación, inesperado en esas condiciones. Las gentes se arracimaban en las esquinas, las calles se veían alborotadas y expectantes, los cafés estaban abarrotados de vecinos que no ocultaban su excitación.

Es que se aguardaba de un momento a otro la llegada del triunfante ejército artiguista, que venía a ocupar el lugar dejado por los porteños en derrota. Todos los ojos apuntaban en una misma dirección: por encima de la muralla hacia campo abierto, donde pronto se verían aparecer las huestes orientales.

No pasó mucho rato sin que, en efecto, se dibujara a la distancia la avanzada de nuestro ejército. Es una columna reducida, de unos ciento cincuenta hombres de a caballo, al mando del comandante José Llupes, cuyo sable se ve rebrillar al sol. Los jinetes traen apoyadas sobre el recado las culatas de sus naranjeros y trabucos. Al frente un tambor marca el ritmo de la marcha y a su lado ondea la bandera tricolor de Artigas.

Pero no se piense que era aquélla una hueste marcial, un ejército vistoso y disciplinado. Nunca lo fue el de Artigas. Más bien se parecía a una partida de vecinos armados, vistiendo todos de paisanos simples, con ropas andrajosas muchos, los ponchos a jirones, el pie descalzo, un trapo a modo de vincha.

Esta bizarra vanguardia artiguista –después llegará el grueso de la tropa victoriosa, comandada por Otorgués– enfila hacia la puerta de la ciudad con

marcha pausada. El vecindario que ha salido a recibirlo estalla en vivas entusiastas. Saben que con el gobierno de Artigas, llegan horas de alivio y protección para “los más necesitados”. No se equivocan.

Pero no todos celebran en la ciudad. No son pocos los señores que prefieren contemplar desde lejos y con gesto avinagrado aquel recibimiento. No sienten ninguna complacencia ante la entrada de esta caballería andrajosa, a la que miran con recelo y temor. Y no son pocas las mansiones que permanecen cerradas y hoscas, casi como de duelo en medio del entusiasmo popular.

Nada empaña, empero, el alborozo de la gente del común al presenciar la poco gallarda entrada de Lluques con su hueste andrajosa, en aquel día esperanzado que fue el 26 de febrero de 1815.

Pero muy poco –ya sabemos– habría de perdurar el júbilo y la fiesta. Después del largo dominio español y del breve porteño sobre nuestra ciudad, pronto le iba a tocar el turno al portugués, fruto de una conjura contra Artigas con apoyo interior.

## ¿La Botella o la Mujer?

He aquí un tema que puede dar lugar, justificadamente, a encendidas polémicas y ardorosas controversias académicas, o aún parlamentarias: ¿qué es lo que le trae mayor placer al varón: la mujer o la botella?

Y el debate acerca de tan trascendente cuestión, tuvo lugar en efecto entre nosotros, dando lugar a una controversia de muy elevado vuelo intelectual, como se verá de inmediato.

De la tal batalla nos dio noticia uno de los poetas más ingeniosos y farristas que haya dado nuestro Parnaso: don Francisco Acuña de Figueroa; autor, no obstante la farrá, de la muy imponente y solemne letra del himno nacional uruguayo.

Es que convivían en él dos personalidades casi imposibles de compaginar. Por un lado, un poeta neoclásico, rimbombante y retórico, que, a pesar de su fervoroso españolismo inicial, no tuvo inconveniente en cantarles con igual entusiasmo a las glorias de la independencia, así como, luego, al nacimiento del Uruguay, siempre con clarinadas de hueca sonoridad.

Pero por otro lado era un hombre bienhumorado, burlón y divertido, que gustaba de versificar temas satíricos, festivos y hasta, si cabía, pornográficos

(como su celeberrima “Nomenclatura y apología del carajo”, entre otras). Y era ésta, la burlesca, su veta más notable.

Pues bien: Acuña de Figueroa resolvió un día contraponer en verso las dos opiniones contrarias en el peliagudo tema que se señaló al comienzo. Y eligió para polemizar “a un pastor y un lechuguino” (debiéndose recordar –porque el término ha caído en desuso– que “lechuguino” designa, aproximadamente, a un joven a quien le gusta aparentar, y en particular dárseles de muy fogueado en cosas del amor).

Presenciamos el enfrentamiento entre los dos rivales, teniendo que disculpar algún pequeño corte y ciertos ajustes de lenguaje para facilitar una inmediata comprensión.

*Disputaban sin saber  
un Pastor y un Lechuguino  
cuál es tesoro más fino:  
la Botella o la Mujer.  
Aquél dijo: “A mi entender  
es más sabrosa y más bella  
La Botella.*

*Cuando exhausto de fatiga  
bajo un ombú me reclino,  
de Baco el licor divino  
todas mis ansias mitiga.  
Allí es mi mejor amiga,  
mi sol, mi luna y mi estrella  
La Botella.*

*El que empieza a envejecer  
se refocila, imagino,  
más en dos cuartas de vino  
que en seis cuartas de mujer.  
Porque siempre está en su ser  
sin melindres de doncella  
La Botella.*





*Calla, dijo el Lechuguino.  
Sólo un hombre sin templanza  
puede poner en balanza  
a las mujeres y al vino.  
¿Quién suaviza el cruel destino?  
¿Quién da el supremo placer?  
La Mujer.*

*No hay contento comparado  
con los goces del amor,  
ni otra delicia mayor  
que el amar y ser amado.  
Es el dón más delicado  
que Dios quiso al mundo hacer  
La Mujer.*

*Sin ellas todo sería  
caos de inmensa tristura  
porque son de la natura  
la más perfecta armonía.  
Es del hombre la alegría,  
consuelo en su padecer,  
La Mujer.*

*¡No siempre!, dijo el Pastor,  
porque salen, camarada,  
a estocada por cornada  
el fastidio y el amor;  
mas mi prenda es superior  
pues no es falaz como aquélla  
La Botella.*

*Cuantos más besos le doy  
más me inflama y me enardece,  
y cuando aquel desfallece  
yo más animado estoy.  
Papa, rey, príncipe soy  
sin que me cause querella  
La Botella.*

*Dama que no pide y da,  
grata aun después de gozada  
cuando la ven más preñada  
tanto más virgen está.  
Sin mujer muy bien me va  
porque me suple por ella  
La Botella.*

*Y contestó el Lechuguino:  
La Mujer siempre es humana,  
bocado de reyes es.  
¡A ver si a ti te dan hijos  
Botellas y Damajuanas!  
Y en sus angustias tiranas  
sabe al hombre sostener  
La Mujer.*

*En eso déjanse ver  
Baco y Cupido abrazados  
y dicen: “Callad, cuitados,  
que no os sabéis entender.  
Todo puede complacer  
tomado en medida bella:  
la Mujer y la Botella,  
la Botella y la Mujer”.*



Sabio y prudente remate de la ardua polémica: ¿por qué una cosa O la otra, cuando pueden ser una cosa Y la otra? Tomadas en “medida bella”, no lo olvidemos.

## Ascenso y abandono de una Biblioteca

Es bien sabido que la primera biblioteca pública que tuvo el país fue fundada por dictado de Artigas en los primeros tiempos de su gobierno. Pero costó muchas idas y venidas constituir-la.

Por lo pronto, ¿cómo formar una biblioteca en aquel Montevideo tan desprovisto de libros como para llegar a integrar un acervo considerable?

La base inicial iba a ser una generosa donación de un sacerdote, el padre Manuel Pérez Castellano, verdadero sabio autodidacto, que con paciencia y dedicación admirables había llegado a ser dueño de un caudal importante de libros de muy variadas materias.

Este hombre le asignaba tanta importancia al saber que, cuando todavía bajo la Colonia hizo testamento, dejó establecido que todos esos libros de su propiedad pasasen a poder de una biblioteca pública que él quería que se fundase alguna vez en Montevideo. Y para ayudar a su creación donó también el producido del alquiler de varias fincas que poseía en la ciudad, con cuyo monto se pagarían los gastos de funcionamiento y el sueldo de un bibliotecario.

Pero estas disposiciones de Pérez Castellano no pudieron cumplirse a tiempo. Al morir él, la tramitación de la sucesión llevó un buen tiempo, y entretanto se produce el advenimiento del gobierno de Artigas. Interviene entonces otro sacerdote y sabio, Dámaso Antonio Larrañaga, empeñado igualmente en que Montevideo tuviera su buena biblioteca pública. Y éste, comprendiendo que el legado de Pérez Castellano demoraría, hace gestiones para seguir adelante con el plan.

Se le escribe a Artigas –que como se sabe no se encontraba en Montevideo sino que gobernaba desde Purificación– instándolo a que dispusiera la fundación de una biblioteca. Artigas responde de inmediato otorgando su visto bueno y hasta indicando cómo conseguir libros: “*Teniendo noticia –dice Artigas en su oficio de respuesta– de una librería (biblioteca) que el finado cura Ortiz dejó, hará usted las indagaciones competentes, y si aún están los libros en esa ciudad, aplíquese por mi orden a la nueva Biblioteca de Montevideo*”. Y agregó todavía: “*Toda librería que se halle entre los intereses de propiedades extrañas, se dedicará también a tan importante objeto*”.

Se designa entonces a Larrañaga como Director del nuevo establecimiento, y él se aplica de inmediato a obtener cuantos libros, impresos y manuscritos de valor encontró a mano, llegando a reunir centenares de piezas que cons-

tituyeron el acervo inicial. A él se sumó algo más adelante la demorada donación del difunto Pérez Castellano, con lo cual puede decirse que la primera biblioteca oriental fue para la época muy completa y actualizada, y abarcó variadas materias y ramas del saber.

Como es bien sabido, la Biblioteca se inauguró en 1816, en ocasión de las Fiestas Mayas, y pronunció la Oración inaugural el propio Dámaso Antonio Larrañaga. Y allí surgió el más que conocido lema “Sean los orientales tan ilustrados como valientes”, santo y seña del ejército artiguista para ese día.

¿Qué ocurrió con esa Biblioteca primera? ¿Siguió acrecentando su patrimonio bibliográfico, cumplió la función que se le había asignado por sus fundadores? Lejos de eso. Cuando un año después, el Montevideo artiguista se ve obligado a dejar paso al Montevideo portugués, la biblioteca fundada por Artigas debe cerrar sus puertas. El nuevo ocupante no se interesó por conservarla. Sus libros son encajonados y se los deposita en las casas que el presbítero Pérez Castellano había legado inicialmente para sostenimiento de la institución.

La Biblioteca oriental duró, pues, muy poco: apenas unos cuantos meses; no llegó al año. Pero quedó como una indicación de cuáles eran las preocupaciones de Artigas en el plano cultural, y muestra cómo esa inquietud suya no quedó reducida a meros enunciados, sino que fue llevada a la práctica como prioritaria.